

El Espíritu versus la carne: la guerra interior

Gálatas 5:16-18

Pastor Tim Melton

El apóstol Pablo es con frecuencia considerado uno de los gigantes espirituales de la Biblia, pero incluso él tuvo sus luchas en ciertos momentos. Escuchad sus palabras en Romanos 7:15-20 ¿Os veis reflejados en ellas?

“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, eso hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.”

Todos los cristianos están llamados a una guerra interior y esta guerra es un continuo lleno de dificultades, frustraciones y fracasos, pero también de alegrías y esperanza en el Espíritu Santo. No se puede evitar. La negligencia da la victoria a una parte, y la diligencia y la dirección del Espíritu da la victoria a la otra parte. Un cristiano que comprende la naturaleza de esta batalla, la fuente de su energía y el desenlace último, así como la gran promesa, libraré la batalla con mayor eficacia y éxito que aquel que no conoce estas cosas.

En Gálatas 5:16-18 Pablo describe la guerra interna con estas palabras:

“Andad en el espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley.”

En la Escritura vemos la utilización frecuente de la palabra “andar”. Efesios 5:2 dice: *“Andad en amor”*. En el Salmo 81:13, Dios desea que *“Israel hubiera andado en sus caminos”*. El Salmo 1:1 dice: *“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos”*. 1 Juan 1:6 expresa: *“Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad”*. En 2 Corintios 5:7 se nos recuerda que *“por fe andamos, no por vista”*. Cuando leemos estos versículos vemos que “andar” se refiere a la manera en que vivimos, a nuestro modo de vida. Debemos andar en su camino, en el camino de Dios, de tal manera que sigamos sus mandamientos.

Todos y cada uno de los creyentes estamos llamados a “andar en el Espíritu”. El Espíritu de Dios mora en el interior de cada persona que se arrepiente y cree en Jesucristo (1 Corintios 3:16). Pero esto no fue siempre así.

En el principio Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza. El primer hombre y la primera mujer, Adán y Eva, tenían una perfecta relación con Dios. En Génesis 3 vemos que esta relación perfecta se perdió. Adán y Eva se rebelaron contra Dios y fueron separados de Él a causa de su pecado. En ese momento toda la humanidad quedó separada de Dios y sus recursos. Y quedaron limitados a su carne. Este término “carne” incluye nuestro cuerpo físico y el resto de nuestro ser que poseemos aparte de Dios. La carne es débil. Cuando esta se combina con nuestros deseos y nuestra naturaleza pecadora crea el suelo fértil para las tentaciones de Satanás. Desde la carne nuestros corazones dan la espalda a Dios y no pueden alcanzarlo, porque todos y cada uno estamos espiritualmente muertos (Colosenses 2:13).

El otro combatiente en esta guerra dentro de nosotros es el Espíritu. Sin Él nuestro corazón solo desea las cosas mundanas. Con el Espíritu se nos otorgan nuevos deseos y afectos. Se nos da el hambre y la sed de ser justos. Ahora somos capaces de desear a Dios y su santidad. La carne sigue existiendo, pero no es quien marca el camino. Se nos ha dado el Espíritu, por lo tanto, el pecado puede ser vencido y el amor de Cristo puede reinar en nuestros corazones. Debido a esta guerra dentro de nosotros, estamos llamados a “andar en el Espíritu y a no satisfacer los deseos de la carne”.

En cierto sentido es como la “Escala de coma de Glasgow”. Se trata de un test que se hace a quienes han sufrido un daño en la cabeza y que se basa en la creación de un estímulo-respuesta. La idea general es la siguiente: Primero, el personal médico habla a la persona herida. Si esta no responde, entonces la tocan. Si aún no hay respuesta, le provocan dolor, y así sucesivamente. La respuesta ayuda al equipo médico a saber cómo tratar a la persona dañada.

Esto es parecido a lo que nos ocurre en nuestra vida espiritual. ¿En qué grado o hasta qué punto somos sensibles a la voz del Espíritu Santo? ¿Oímos su voz? ¿Respondemos inmediatamente? O la ignoramos, la postergamos, o ni tan siquiera oímos al Espíritu en nuestras vidas? Aquellos que son sensibles a la voz del Espíritu Santo, lo reconocen en sus vidas y responden inmediatamente en actitud obediente. Y esta sensibilidad va creciendo. Lo contrario también es cierto. Aquellos que endurecen sus corazones e ignoran al Espíritu Santo se encuentran con que en sus corazones crece la frialdad y la atracción hacia los deseos de la carne.

Todo depende de si estamos alimentando al Espíritu en nuestras vidas o a la carne. En Gálatas 6-8 dice: *“Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu,*

del Espíritu segará vida eterna.” ¿Vivimos nuestra vida de tal manera que es sensible a la presencia del Espíritu o está más próxima a los deseos de la carne?

Hemos sido invitados a una relación de amor con Jesucristo. Esto es similar a una relación matrimonial. Si el marido cuida la relación con su esposa, el amor entre ambos crece y madura. De lo contrario, sus corazones tienden al egoísmo, a la rebelión e incluso a la desconfianza. Es lo mismo que ocurre en nuestra relación espiritual con Cristo. Si cuidamos esta relación, nuestro deseo por Cristo rige por encima de los otros deseos, y ese deseo conduce a la santidad.

Esto lo vemos en la historia de Marta y María, en Lucas 10:38-42. Vemos un gran contraste entre la persona que es sensible a las obras de Cristo y la que se “distrae con otras cosas” y se pierde la experiencia de estar cercana a Cristo.

En estos versículos vemos una historia sobre “andar ajetreado” que quizá resuena en nuestras vidas. Marta era hospitalaria, pero ofreció una hospitalidad que parecía más encajar con sus expectativas de cómo deberían ser las cosas que con cómo le gustaría que fueran a Cristo, su invitado. ¿Cuál era la motivación de Marta? Por sus palabras y la respuesta de Jesús parece que su motivación tenía que ver con el amor a su ego, que se pudo manifestar en un deseo de ser valorada, tener buena reputación, llevar el control de las cosas, etc. No lo sabemos con seguridad, pero la Escritura proyecta una sombra negativa sobre su actitud. Marta era una auténtica seguidora de Cristo, pero en este momento ella estaba distraída con sus propios deseos.

En el versículo 41 Jesús trata de ayudarla: *“Marta, Marta, estás inquieta y preocupada por muchas cosas, pero solo una es necesaria. María ha escogido la mejor, y nadie se la quitará.”* Marta había respondido con lo que ella creyó que era justa indignación, pero en realidad no estaba siendo nada justa. ¿Cómo pudo empezar con una actitud de servicio hacia los demás y acabar como la jefa, incluso hasta el punto de “corregir” a Jesús? Nosotros hacemos lo mismo. Estamos tan absorbidos por nuestro trabajo, familia, finanzas y reputación que nos perdemos lo que Dios quiere obrar en nuestras vidas. Marta tenía al Mesías, Dios encarnado, sentado en su casa, y aún así estaba distraída poniendo la mesa y con los preparativos.

Marta no era consciente de lo que Dios quería hacer en ese momento. Si nosotros queremos evitar este mismo error, ¿cómo podemos vivir una vida en sintonía con Dios? Nuestro objetivo es ser sensibles al Espíritu en todo momento. Como vemos en Gálatas 5, debemos andar en el Espíritu, ser guiados por el Espíritu, dar el fruto del Espíritu y vivir en el Espíritu. Esta debe ser la norma, pero para muchos ser sensibles a Dios parece ser la excepción.

Hay un pastor que describe nuestra sensibilidad hacia el Espíritu Santo como una pequeña paloma que se posa en nuestro hombro. Cada una de nuestras palabras y acciones crea una atmósfera acogedora o inquietante para la pequeña paloma. En cierto sentido nuestra sensibilidad para con el Espíritu Santo es similar. Nuestra sensibilidad hacia el Espíritu Santo se ve afectada por nuestra obediencia o desobediencia, por nuestra dulzura o dureza de corazón ante una determinada situación, por nuestras vidas ajetreadas o llenas de paz, por nuestras prioridades enfocadas en Dios o en otras cosas, por nuestra confianza en Dios o nuestra preocupación en una situación determinada, por nuestra

misericordia o falta de perdón, por nuestra generosidad o codicia, por nuestra ira o amabilidad, por nuestras relaciones con gente piadosa o no, por el tiempo dedicado a la oración y a la lectura de la Biblia. Todo ello afecta nuestra sensibilidad hacia el Espíritu Santo.

Hay formas intencionales de vivir que ayudan a las personas a volverse más sensibles y entregadas a lo que Dios quiere hacer en sus vidas. La Biblia nos enseña acerca de la hermandad, la hospitalidad, la generosidad, el servicio a los demás, el contentamiento, la paz, las prioridades, la misericordia, la confesión, el perdón, la pureza, la responsabilidad, la administración y mucho más. En medio de nuestro mundo tan estresado en el que todo ocurre muy deprisa hay formas de organizarse y de vivir nuestra vida de manera que seamos más sensibles a las cosas de Dios.

Vivir un estilo de vida más sensible hacia las cosas de Dios se puede hacer de formas diferentes. Depende de tu edad, tu situación laboral, tus responsabilidades familiares, la época que te toca vivir, y mucho más.

Para ser sensibles hacia el Espíritu en nuestras vidas debemos reconciliarnos con los demás. ¿Hay alguien a quién necesitas pedir perdón o perdonar? ¿Te estás cuidando físicamente? Es difícil prestar atención y escuchar a Dios, si estamos agotados, si no dormimos lo suficiente, si no hacemos ejercicio o si no nos alimentamos bien. ¿Tienes un corazón lleno de gratitud? Cuando somos conscientes de todas las bendiciones que nos han sido dadas, nuestros corazones se hacen humildes y cercanos a nuestro Padre que está en el cielo. ¿Somos buenos administradores de todo lo que Dios nos ha dado? Cuando nos damos cuenta de que todo lo que somos y todo lo que tenemos es de Dios, empezamos a vivir la vida más correctamente y con mayor sensibilidad para con su Espíritu.

¿Cómo dirías que es tu grado de sensibilidad hacia la obra que el Espíritu Santo está haciendo en tu vida, en este momento?

- A)** Siento que Dios está obrando en mi vida y a través de mi vida, habitualmente.
- B)** De vez en cuando siento a Dios obrando en mi vida, pero no siempre.
- C)** No siento para nada a Dios obrando en mi vida.

Hoy pide a Dios cómo puedes vivir de manera diferente en tus relaciones, tus deseos y tu camino. Déjalo conducirte hacia cambios significativos que alimenten el Espíritu, te aparten de la carne y traigan la verdadera victoria a tu vida.